

Libros

18

AL PASO

IGNACIO RUIZ QUINTANO
SPIELBERG

Se le escapó al gran Olano, viendo torear a John Fulton, torero de Filadelfia y Sevilla:

—Toreros americanos... como cineastas españoles.

John Fulton nunca fue Luis Miguel y Almodóvar nunca será Spielberg.

En un documental conmemorativo de los treinta y cinco años de *Tiburón* viene a contar todo el mundo que el secreto de esa película fue el terror de su joven director al fracaso (que en Hollywood supone la expulsión del oficio).

En el rodaje de *Tiburón* fallaron el tiburón, que jamás se puso en marcha, y el mar, con oleajes imposibles. «¿Qué haría Hitchcock en mi lugar?», se preguntó Spielberg. Y montó, a base de amor al arte y pánico a ser despedido, esa película de suspense que conocemos y que un *tiitero* exorcizó así:

—Si miras *Tiburón* marcha atrás, resulta que es una película en que un tiburón vomita gente hasta que abren una playa.

¿Qué tiene que ver, pues, el cine con los Goya?

El cine es el libro de los que no leen libros.

El cine español, además del libro español de los españoles que no leen libros, es la vanguardia del proletariado cubano subvencionada por los contribuyentes españoles. Y así como el arte contemporáneo tiene su feria en ARCO, el *agit-prop* contemporáneo tiene su feria en los Goya, con sus últimos gritos en camisetas y consignas.

El grito goyesco de este año ha sido la justicia, que en el parque temático de la izquierda es la justicia de Antígona, es decir, la justicia de las «leyes no escritas» del Bien político.

Justo es lo que me conviene, y fascista, todo lo demás. Lo ha dicho, coincidiendo con los Goya, el Dexter de Paracuellos en su elogio de Garzón: los trajes de Camps le han hecho a la democracia más daño que la ETA.

No importa que en Madrid casi no quede ya un solo cine abierto. Los medios tratan a los *cineros* como si fueran depositarios de un arte emergente.

—Cineastas españoles... como toreros americanos.

El regreso de Camba

Camba puso la brillantez de su prosa al servicio del periodismo en las páginas de ABC. Su magisterio continúa a los 50 años de su muerte

Ha vuelto, ¡y con qué fuerza!, el genial Julio Camba (1882-1962) a los cuartos de estar de los lectores españoles e hispanoamericanos. Nació el 16 de diciembre de 1882 en Vilanova de Arousa (Villanueva de Arosa, provincia de Pontevedra), como don Ramón del Valle-Inclán, y falleció en Madrid hace cincuenta años, un 28 de febrero de 1962. Medio siglo después de su muerte, la chispeante prosa del maestro, su dominio absoluto del idioma y su inteligente y subversivo sentido del humor siguen ennobleciendo los catálogos de varias editoriales de nuestro país.

Tras unas décadas de injusto silencio, su *manera* literaria, entre delicada, feroz, lúcida e irónica, vuelve a mostrarnos el camino a seguir en la escritura periodística, que es, a partir del siglo XIX, el yunque donde se templan las plumas de los escritores más brillantes. Allá por 1948 y bajo los auspicios del sello editorial Plus Ultra, se publicaron unas *Obras completas* de Julio Camba en dos volúmenes que demuestran la popularidad que su firma había alcanzado por aquellas fechas. En los últimos años de su vida, el autor de *La rana viajera* escribió poco,

de modo que los tomos de Plus Ultra ofrecen una oportunidad de oro para asomarse a la mayor parte

de la producción del prosista gallego.

Pero lo que toca es contarles la peripecia editorial de la obra de Camba en la actualidad, y a ello consagrare los próximos párrafos, sin ánimo de ser exhaustivo, porque estoy seguro de que alguna edición se me escapará. En 2003, Espasa incluía, en su colección «Austral Summa», unas *Páginas escogidas* de Camba en edición de Pedro Ignacio López García, autor también de una biografía del periodista vilanovés aparecida el mismo año y titulada *Julio Camba: el solitario del Palace*.

Exilio en Argentina

En 2004, la Fundación Wellington patrocinaba una lujosa edición de *La casa de Lúculo* con dibujos de Miguel Calatayud y de Alejandro H. Azorín (en la misma preciosa colección en que vio la luz, en 2002, *Ramón en su Torreón*, de Juan Manuel Bonet, y en que saldría, en 2007, *El bosque animado*, de Wenceslao Fernández Flórez, al cuidado de Alicia Mariño). *La casa de Lúculo*, aportación decisiva de Camba al universo de la gastronomía, se encuentra también en el catálogo de Reino de Cordelia (Madrid, 2010), con maravillosas ilustraciones de Miguel Ángel Martín y prólogo de Eduardo Riestra.

En 2007 se produjo el rescate de dos curiosidades narrativas del escritor pontevedrés, *El matrimonio de Restrepo* y *El destierro*, incluidas en el tomito *Dos nove-*

UNA ESCRITURA CHISPEANTE Y UN HUMOR SUBVERSIVO SE COMBINAN EN SU «MANIERA» LITERARIA



COLECCIÓN ABC

las bastante cortas (La Coruña, Ediciones del Viento). *El destierro* es el único texto en que Camba recuerda su exilio como anarquista en Argentina y su amistad con Mateo Morral, el regicida frustrado del que Montero Glez traza una magnífica semblanza en su novela *Pólvora negra* (2009). De 2008 data una estu-

penda antología de artículos cambianos rotulada *Maneras de ser español* y publicada por Luca de Tena Ediciones.

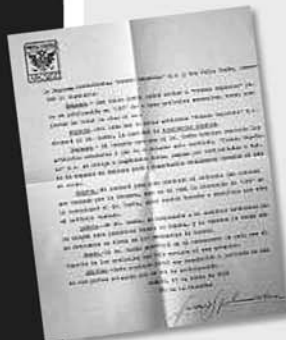
Hasta la náusea

Alhena Media, de Barcelona, ha difundido algunas de las obras más justamente célebres de Camba: *Aventuras de una peseta* (2007), *La ciudad*



Siempre actual

Entre las reediciones más recientes de Camba, «Mis páginas mejores» (Pepitas de Calabaza) y «Playas, ciudades y montañas» (Reino de Cordelia). A la izquierda, el autor, caricaturizado por Menéndez Chacón



200

PESETAS cobraba Camba por sus colaboraciones en ABC, diario para el que fue corresponsal en Nueva York. Sobre estas líneas, su contrato, firmado por Juan Ignacio Luca de Tena el 17 de junio de 1939

automática (2008) y *La rana viajera* (2009), mientras que Rey Lear puso en circulación en 2009, con prólogo de Ignacio Carrión, *Un año en el otro mundo*, recopilación de las crónicas de Camba desde Nueva York, donde ofició de corresponsal de ABC en 1916. La editorial barcelonesa Libros del Silencio sacó en

2010 *Haciendo de República y artículos sobre la Guerra Civil*, compilación de lo escrito por Camba acerca de la Segunda República, cuya deriva hacia un izquierdismo totalitario lo decepcionó hasta la náusea.

Ultimísimamente (este mismo mes de febrero), Reino de Cordelia acaba de publicar, con prólogo de Francisco Fuster, *Playas, ciudades y montañas*, uno de los grandes libros de juventud de Camba, en el que dedica la parte de las «playas» a su tierra natal, Galicia –y, en concreto, al lugar donde nació, la ría de Arosa–; la de las «ciudades», a París (donde trabajó como corresponsal de *El Mundo*), y la de las «montañas», a Suiza (donde dice que había todo menos suizos).

Y *last but not least*, la joven editorial riojana Pepitas de Calabaza se ha encargado de rescatar *Mis páginas mejores*, un florilegio que de su propia obra publicó Camba en 1956 (Madrid, Gredos), añadiéndole un prólogo de Manuel Jabois.

Habitación 383

Camba comenzó en la trinchera anarquista y acabó viviendo en el hotel Palace, de Madrid, en una habitación, la 383, que le pagaba el banquero Juan March. Lo que podría parecer una contradicción es, para mí, un signo del buen gusto y de la distinción que exhibió siempre el gran articulista gallego, pues el anarquismo casa muy bien con la extrema juventud, y, en cambio, un pensamiento conservador con ribetes escépticos le va que ni pintado a la madurez y, desde luego, a la senectud.

Camba fue un tipo muy culto y muy viajado –ejerció de corresponsal para muchos periódicos y en muchos países del mundo–, de los que no van por ahí alardeando de sus muchos y variopintos saberes, pues detestaba la pedantería. Fue también, y sobre todo, un observador sutilísimo de la realidad, que nos ofrece retratada con una sensación de inmediatez naturalista y, al mismo tiempo, con un grado de distorsión caricaturesca. Esa mezcla de verdad y de parodia constituye la marca de la casa. De una casa que hoy podemos visitar con facilidad, pues las ediciones de sus libros, como hemos visto, vuelven a estar presentes, gracias a Dios, en nuestras librerías.

LUIS ALBERTO DE CUENCA

ORDENAR EL AMOR



AMOR. UN SENTIMIENTO DESORDENADO

RICHARD DAVID PRECHT

Traducción de Isidoro Reguera
Siruela, Madrid, 2012
392 páginas, 24,95 euros
Libro electrónico: 4,99 euros

★★★★★

El título de este valioso ensayo de Richard David Precht, *Amor. Un sentimiento desordenado*, concentra bien lo que a lo largo del libro expresa, pero es necesario recorrer sus páginas con atención para entender qué significa *amor* y qué *desorden*. Lejos de ser una obra de divulgación, es una reflexión que propone ideas que merecen ser pensadas por muchos otros, comenzando por algunos biólogos, genetistas y sociólogos científicos que han hecho de sentimientos como el amor o de actividades como la creación artística una realidad necesaria que cabe, ordenada y reducida, en los procesos neuronales, afin en ocasiones a otros seres vivos del mundo animal.

Es cierto que la atracción y fijación de la pareja o que la búsqueda de la armonía no es un invento de la cultura, pero es más difícil explicar el enamoramiento expresado en Shakespeare o la obra de Velázquez por la mera atracción reproductiva o la tendencia a la simetría. «No creo –afirma Precht– que haya solo un acceso privilegiado a la verdad.»

Los posos del café

Desde esa premisa argumenta, a veces un poco a la ligera, contra el evolucionismo más casuístico, que, en manos de algunos, hace del amor un mero correlato, aunque sofisticado, de la sexualidad en los primates (Morris) o del egoísmo de los genes y su versión cultural en los memes (Dawkins).

Igualmente descabellado le parece que biólogos y científicos de la naturaleza en general busquen lógica en todo, cuando esta es más bien una propiedad de la mente humana. No es que no sea evolucionista, sino que no cree que lo explique todo. No todo viene del pleistoceno, no todo tiene

una matriz en las células, porque buena parte de lo que somos, apoyado en la biología (y en la química y en la física), es cultural: algo que remite a lo colectivo pero, quizás de manera especial, a lo individual, a la identidad de cada uno.

No le falta humor a Precht al pensar que «deducir el comportamiento sexual y vinculado del ser humano de la observación de los primates equivale a menudo a una lectura zoológica de los posos del café». Aunque todas estas cosas emocionales tienen procesos químicos, lo que ocurre –apuesta Precht, con argumentos rápidos y a menudo convincentes– no es en el orden de las neuronas, sino en la persona.

Deseo del otro

El enamoramiento no sirve a la elección genética y no puede ser deducido de la química del sistema *mesolímbico* en el *diencéfalo*, ni siquiera participa del orden de la verdad, sino de la comunicación; es decir, que aquí Wittgenstein tampoco pinta nada, aunque –añado por mi cuenta– acentúa, por muy desordenado que se viva, una verdad: la existencia del otro como fundamento de mi deseo. No para realizar el yo, como pensó con pesimismo Galimberti, sino la otredad, una tarea sin fin.

Volviendo a Precht: «La lógica de nuestros genes no es la lógica de nuestros deseos, la lógica de nuestros deseos no es la lógica de nuestros sentimientos, la lógica de nuestros sentimientos no es la lógica de nuestro pensamiento, y la lógica de nuestro pensamiento no es la lógica de nuestra acción». ¿Comprenden ahora por qué el amor es un sentimiento desordenado? Esta inteligente y documentada obra ayuda a poner un poco de orden.

JUAN MALPARTIDA